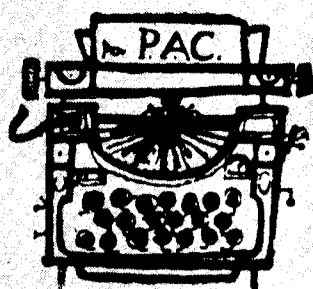


escrito a máquina

Conversación en un carro bajo la lluvia



Durante un buen trecho no hablamos. Voy manejando con cuidado bajo el violento aguacero que esmerila el vidrio del parabrisas y sobre el resbaloso lodazal de la ex-calle. Por el espejo miro atrás la fila submarina de vehículos avanzando despacio. Un camión impaciente del D.N., se adelanta, nos compromete y punga de lodo los vidrios laterales. Varios carros frenan y resbalan. Pitazos. En cada cueva rodante brota un insulto, una mala palabra como decía mi abuela en los tiempos en que todavía habían palabras buenas. Mi compañero (un remojado que me pidió viaje con el dedo), me pregunta:

—¿Qué está haciendo toda esta gente aquí, en estos lodazales, destrozando sus carros?

—Aquí no llevamos estadísticas de nada —dije yo— pero esta ciudad es la más cara del mundo. Comprar una bisagra significan seis o nueve kilómetros de gasolina y llantas.

—Y el carro es el aparato más mimado —me dice, adolorido, el compañero—. Quiere pavimento, atención, limpieza. ¡Un carro! ¡Figúrese: cuesta treinta mil córdobas, y a los seis meses sólo le dan a uno diez mil! ¿Cuánto cuesta al día?

—¿Y la demás gente?— pregunté yo.

—¿Cuál gente?

—La inmensa Managua que no rueda.

El es un hombre —de—carro. Un hombre con su carro descompuesto, y no ha pensado en la mayoría. El carro encierra en su cuevita rodante: un ruido en el motor; un circuito, un simple limpiador de parabrisas que se rompe, se convierte en un problema absorbente que encierra la mente y la empareda en una soledad técnica y mal humorada. El carro es el egoísmo enlatado. La Soledad en lata. No ha pensado en los demás. La ciudad se está haciendo sin pensar en los demás. Dentro de vehículos. El habitar ha sido sustituido por el circular.

—¿No cree usted que esta inundación de lodo ha sido un aviso? Estábamos reconstruyendo falsamente Managua, a base de ruedas; uniendo lo que no tiene unidad a base de gasolina y llantas. Estábamos haciendo una ciudad para privilegiados y para un país rico. No le tomábamos la medida a nuestra pobreza. Ahora las distancias se han hecho verdaderas: el fango; los baches; los pegaderos están diciéndonos que no hay tal ciudad; que lo que subsisten son poblaciones dispersas que desesperadamente gastan, despilfarran lo que no tienen, por comunicarse.

Pasa un ciclista salpicado de lodo.

—La demás gente— dice mi amigo, reaccionando al fin.

—La demás gente es ahora usted con su auto

dañado por la inundación.

Mi pasajero me mira abatido.

—¿Qué haría usted si fuera Presidente de la República?— —(siempre es bueno lanzar un problema a la Presidencia de la República). Mi interlocutor se animó:

—¿Sabe lo que haría? Me iría a gobernar un mes a cada ciudad.

—Sería un modo muy original de descentralizar.

—¿Descentralizar? A mí me vienen cortas todas esas palabras que usan ahora —me dijo con una voz despreciativa; como si ya hubiera tomado posesión de su mando imaginario— Lo que hace falta es ver; es tratar a cada lugar del país como capital. Si se hiciera así, la capital entonces daría la medida del país. Contésteme: ¿Metería usted un Mercedes Benz en un fangal de Tecolostote o de Susuli? ¿No, verdad? ¿Cómo entonces lo meten en estos lodazales? ¿Qué es lo que vale esto más para echar aquí hasta lo que no tenemos?

(Está gobernando desde dentro de su carro; pensó, sorprendido)

—¿Y la demás gente?— pregunté.

—A eso iba. Esas barriadas, esos Open, esos Acahualincas ¿qué están haciendo allí? —Se arrecuestan en Managua—. ¿A qué? A pasar hambres. ¿Por qué no son barrios de Juigalpa o de Ocotol? ¿Por qué se engañan, por qué son capaces de vivir en las mismas cloacas con tal de estar en Managua? ¿Qué les da Managua? —Allí está el enredo, mi amigo!

Sus preguntas eran simples y verdaderas, pero mi pasajero todavía permanecía dentro de su cueva rodante. Sus barrios (o barriadas, como él dijo) los ha mirado desde el automóvil, con la mente del que se puede ir. Con la mente sobre ruedas.

Trato de explicarle que todo esto tiene raíces más hondas. Que no bastaría un gobernante turista de ciudad en ciudad, como no basta un Comité de Emergencia de pregunta en pregunta. Que la descentralización —cuya palabra mi amigo desecha porque ahora ya desconfiamos de todas las palabras— no se logrará nunca si no se descentraliza el Poder y con el Poder, la Economía y con la Economía todas las relaciones entre el Hombre y la Comunidad. La descentralización es el Poder abajo: en el pueblo y en los pueblos; en los sindicatos y en los municipios y en los departamentos.... Pero no me deja hablar.

—Aquí me quedo— me dice. Y dándome las gracias apresurado abre la puerta a la lluvia y se baja en puntillas allí donde antes había una acera y ahora fango.

PABLO ANTONIO
CUADRA